

Introducción

(Spanish Version)

Suponga el lector que hace pocos días, alguien “muy importante”, quizás un político destacado, o un académico brillante, o un rico empresario rebosante de humanidad, le ha llamado para pedirle un favor: “Necesito que me ayudes a preparar un programa para regenerar el mundo”. En medio de su perplejidad, a usted solo se le ha ocurrido preguntarle: “¿Nada más que esto?” Él, probablemente, añadió algo así como “ya me doy cuenta de que es algo complejo, una labor a muy largo plazo. Al principio, nadie nos hará caso, encontraremos muchas dificultades, pero es importante que pongamos unos fundamentos sólidos. Será una tarea multidisciplinar, y tendremos que contar con expertos de muy diversas procedencias. Necesitaremos escuchar a los ciudadanos, a todos...”

Hasta aquí, la ficción. La realidad es que hay ya muchas personas que sienten esa misma inquietud. Este libro es una prueba de ello, empezando por la descripción de los problemas –algo que hacemos todos, todos los días–, siguiendo por el diagnóstico superficial –también muy frecuente–, entrando en el diagnóstico profundo –esto es mucho más raro– y acabando con recomendaciones para la acción que, como es lógico, tienen que estar en línea con todo lo anterior. No me corresponde a mí cantar las excelencias de *A Stand for the Home* como trabajo propiamente

académico. Solo quiero señalar la profundidad de sus análisis, la claridad de sus razonamientos y la capacidad de los autores para librarse de lo político y lo sociológicamente correcto, para llamar las cosas por su nombre. Porque un arranque viciado solo puede presagiar un desarrollo equivocado.

En estas líneas quiero referirme a algunos aspectos del libro que me han parecido especialmente relevantes. El primero es la descripción de los problemas de nuestra sociedad occidental, individualista, materialista, emotivista y hedonista. Se ha escrito mucho sobre esto, pero el primer capítulo de este libro me ha parecido una introducción necesaria: no porque su descripción de los problemas sea diferente, sino porque pone énfasis en lo que hay detrás de ellos. En definitiva, los problemas de nuestra sociedad no son consecuencia de un régimen político o de un sistema económico, o, como nos dicen ahora con tanta frecuencia, de supuestos erróneos o de la mala voluntad u oscuros intereses de “los otros”, sino de una cultura, de una manera de entender la sociedad, en la que participamos todos, en mayor o menor medida. Los economistas acostumbramos a partir de las preferencias personales de los individuos, preferencias que consideramos dadas, autónomas, que no dependen de nuestros aprendizajes personales ni del entorno en que nos movemos, que nadie tiene derecho a juzgar, porque somos nosotros, agentes libres, los que elegimos nuestros fines.

Y esto me lleva a algo que está implícito en lo que nos dijo la “persona importante” a la que me he referido al principio: la solución no está en las leyes, ni en la educación (¿quién educará a los nuevos educadores que hacen falta, si los anteriores han fracasado?), ni en la política económica. Los problemas no se pueden tratar de una manera parcial porque, como señaló Leonardo Polo en su escrito *Sobre la Existencia Cristiana* (1996), aplicar soluciones puramente técnicas a problemas humanos produce segmentación (por la falta de visión de conjunto), o efectos perversos (porque, a

falta de principios incondicionados que guíen la acción de manera coherente, no seremos capaces de ordenar los medios), anomia (el estado de desánimo de quien no tiene pautas de actuación, sino solo estímulos) y entropía social (las instituciones pierden su función). Me gustaría decir mucho más sobre la visión amplia, abierta, profunda, multidisciplinar, de *A Stand for the Home*, pero debo dejar que el lector descubra por sí solo otras facetas de ese enfoque.

Ahora me referiré a otro aspecto que también me parece importante: el uso que en el libro se hace de las aportaciones de la religión y, en concreto, de la religión católica. Esto también es oportuno, porque en nuestros ambientes, cultos o populares, “se lleva” ahora el rechazar todo lo que tenga que ver con la religión, como algo subjetivo, personal, no científico, no racional, no susceptible de ser tratado en público. El argumento que suele utilizarse es: “no me adoctrines”. Pero no es adoctrinamiento, porque el ser humano tiene razón, y no puede dejar de utilizarla. Lo que la Doctrina Social de la Iglesia, ampliamente citada en el libro, propone es una concepción de la persona que proviene de la fe, es decir, de la Revelación y la Tradición, pero también de la filosofía y de las ciencias sociales. Uno puede ser ateo o agnóstico, y reconocer que el hombre no aparece en el mundo por casualidad, sino que recibe su ser de otros, aprende de otros, se relaciona con otros, se desarrolla con otros. Es decir, que no puede decir “yo no le debo nada a nadie”, como a menudo leemos en las redes sociales. Y, con este punto de arranque, se puede desarrollar una concepción del hombre, de la sociedad, de la empresa o de la política, que nos llevará lejos de aquel individualismo y emotivismo que citamos antes.

Pero esto no quiere decir que la doctrina de la Iglesia Católica no añada nada relevante a lo que dicen la filosofía y las ciencias sociales, más allá de la certeza que a alguna persona le puede dar la fe, o de la ayuda de unos medios ascéticos o de orientación espiritual. Un cristiano y un no-cristiano pueden tener el mismo

conocimiento de lo que es bueno, si comparten la misma antropología natural. Por tanto, el listado de “deberes” morales que elaboren ambos puede ser el mismo, y uno y otro los entenderán no como imposiciones venidas desde fuera, sino como exigencias de la perfección humana, porque ambos poseen la misma idea de la naturaleza humana y viven en la misma sociedad.

Pero esto es verdad solo para un listado de “deberes” abstractos. A la hora de juzgar sobre las posibilidades de realización de esos deberes, en concreto, su juicio tenderá a ser distinto, porque el creyente posee, gracias a la fe, un conocimiento de lo humano diferente al del no-creyente: la idea de una culpa heredada (que va más allá de la experiencia práctica que todos tenemos sobre las lacras de la humanidad, más allá de los mesianismos políticos o ideológicos) y la redención realizada por Cristo. Cuando el creyente y el no-creyente se sienten a preparar aquel proyecto de regeneración de la sociedad, podrán estar de acuerdo en todos los aspectos humanos relevantes: en lo que es bueno o malo para las personas y las sociedades; en las consecuencias de las políticas, en las fortalezas y debilidades de las instituciones; en las estructuras y organizaciones y sus cometidos, etc., pues en cierto modo ambos estarán usando sus capacidades de razonamiento y de comprensión de los fenómenos. Pero cuando propongan soluciones concretas, las del creyente serán, probablemente, más afinadas. Por ejemplo, ante un embarazo no deseado o un matrimonio fracasado, el no-creyente quizás concluya que las exigencias morales del respeto a la vida o de la indisolubilidad del vínculo matrimonial son “demasiado” exigentes y que la ética “posible” debe ser más laxa, porque eso es “lo que se puede hacer” en esas circunstancias. El problema radica no tanto en la identificación de lo que es bueno para el hombre, sino en el juicio práctico sobre si ese bien es realizable. Y aquí la diferencia entre el punto de vista del cristiano y el del no-cristiano será decisiva, porque el juicio práctico del

crisiano, que cuenta con la gracia, será distinto. En perspectiva, la doctrina social católica no es una variante del humanismo social, ni una tercera vía entre capitalismo y socialismo, ni una voz más en el coro de denuncias de los fallos de nuestra sociedad, sino la esperanza de una solución mejor, que podemos ofrecer, pero nunca imponer.

Ahora quiero referirme a otro aspecto del libro, que me parece particularmente relevante: la importancia que da al hogar, a su función social y, en concreto, al papel del trabajo en el hogar. Aquella sociedad a la que me refería al principio, y cuyos problemas señala el libro desde las primeras páginas, subvalora claramente las funciones domésticas y de la vida familiar, probablemente por el énfasis que se pone en la autonomía y libertad del individuo, más o menos separado de su entorno inmediato. El hogar es, desde este punto de vista, una manera concreta de solucionar un problema de coordinación de acciones para la consecución de unos fines, que cada persona establece, de acuerdo con sus preferencias. Y esa institución se irá acomodando a esas preferencias, en cuanto a su composición, sus fines y sus objetivos.

En esa misma línea, *A Stand for the Home* señala las consecuencias del abandono de la “familia natural”, y la necesidad de volver a una estructura de esa institución que sea acorde con la naturaleza de la persona y de la sociedad. No se trata de un diseño hecho desde fuera, sino derivado de una reflexión sobre la naturaleza humana y sus exigencias. El hogar es una comunidad de personas (como afirmaba San Juan Pablo II) que acuerdan sus voluntades cuando empiezan su vida en común, y la imponen a los hijos, dejándoles poco margen de libertad en sus primeros años, pero siempre con el propósito de formar a esos hijos en el uso de esa libertad, con vistas a desarrollar plenamente su vida y ser capaces de replicar esa misma institución en otro lugar y con otras personas. Eso sí, siempre teniendo en cuenta su propósito que,

me parece, podemos presentar como la existencia misma de la organización llamada “hogar”: aquella comunidad de personas que prestan un servicio de construcción del entramado social, desbordando su actividad “privada”, obteniendo una clara legitimidad “pública”.

De alguna manera, el hogar es una organización multipropósito, que procura la reproducción, nutrición, aprendizaje y socialización de los niños, producción de bienes y servicios, cuidado de los enfermos y ancianos, provisión de seguridad física, psíquica y ontológica. Es un lugar para actuar con libertad y despreocupación, medio para la adquisición de una identidad social, que es a la vez restaurante, hotel, escuela, hospital y lugar de recreo, espacio donde se aprenden virtudes, puerta para entrar en la sociedad, un sitio del que se sale cada día, pero *al que se vuelve* (como insiste Rafael Alvira). En definitiva, es el lugar al que todos esperamos volver en las etapas finales de nuestra vida. Es el lugar donde vivir y donde desarrollar conocimientos, capacidades, actitudes, valores y virtudes... a fin de cuentas, su principal función social. Cuando tenemos en cuenta todo esto, comprendemos que el análisis que realiza Hannah Arendt en su obra *La Condición Humana* sobre el trabajo en el hogar se queda corto, como muestran los autores en el capítulo 4. Y la causa de ese desenfoque es, en definitiva, una incompreensión parcial, incompleta, del propósito del hogar.

“La condición necesaria y suficiente para que una organización exista realmente [a lo largo del tiempo] es que haya un conjunto de personas que estén motivados a pertenecer a esa organización, con todo lo que esta pertenencia implique para ellos. Los objetivos de la organización han de orientarse a conservar y acrecentar dichas motivaciones, ya que, de no ser así, la organización se desintegraría”. Este párrafo, que tomo de un colega del IESE, Juan Antonio Pérez López (1981), fallecido hace años, nos pone sobre la pista de los problemas de interpretación de lo que es el hogar, señalando

la importancia de los motivos trascendentes en su funcionamiento y la preeminencia del amor, o de la generosidad, del don, del cuidado.

Se entiende, pues, que el hogar sea una organización multipropósito, en la que cada uno tiene, no una, sino múltiples funciones que van más allá de las tradicionales. No se trata de que uno aporte los medios de subsistencia, mientras otro prepara la cena y una tercera venida de fuera limpie la casa, sino de que todos están, cada día, cada minuto, aportando algo –todo– al propósito común. El trabajo en el hogar, así entendido, es una formidable escuela de conocimientos, capacidades y virtudes, con la contribución de todos: el trabajo de los mayores, la discapacidad del abuelo, los lloros del bebé o las salidas de tono, luego corregidas, del adolescente díscolo. Porque en el hogar todos tienen que estar dispuestos, cada día, cada hora, a planchar un huevo o freír una camisa.

Me he extendido en estas consideraciones sobre el hogar porque son una aportación importante de este libro, pero también porque nos sugieren lo que queda por hacer si, después de su lectura, el lector recibe la llamada de aquella “persona importante” que le pide que le ayude a elaborar un proyecto para regenerar la sociedad. Como en el hogar, todos debemos estar dispuestos a hacer de todo, aunque nos parezca que no tenemos los conocimientos, capacidades y virtudes para hacerlo. He mencionado antes el lloro del bebé, que es una contribución muy importante para cumplir el propósito del hogar, porque es el que moviliza a los demás, para que todos actúen, cada hora, cada minuto, como deben.

Diciembre 2018

ANTONIO ARGANDOÑA

Profesor Emérito, IESE Business School

Universidad de Navarra